

Diatriba

por Fernando Butazzoni

Algo no está funcionando en este Uruguay del nuevo tiempo. Ayer nomás como quien dice, una multitud abigarrada hizo flamear como nunca antes las banderas de la victoria. Fue en la noche del 31 de octubre de 2004. Se coronaba así un largo proceso de lucha política que incluyó derrotas, fracasos, dictaduras y dictablandas, torturas y desapariciones, batallas políticas y guerritas civico-militares, exilio, mordaza, muerte.

Nadie, en las filas del progresismo uruguayo, pareció dudar en ese momento de ingenua felicidad (es decir el 31 de octubre de 2004) de la magnitud del triunfo electoral. No se trata de realizar aquí análisis políticos, o sesudas interpretaciones referidas al comportamiento de los votantes en las urnas, sino de constatar un hecho incuestionable: para todo el progresismo uruguayo, es decir para ese amplio abanico que va desde movimientos de raigambre blanca hasta grupos de filiación trotskista, pasando por demócratas cristianos, batllistas, tupamaros, socialistas, comunistas y anarquistas, ateos y creyentes, empresarios y trabajadores, para todos –repito, y no es inútil esta repetición— el triunfo de Tabaré Vázquez fue un hecho de extraordinaria significación histórica.

Esa noche en las calles de Montevideo festejó el pueblo. Catedráticos de la Facultad de Medicina junto con primeras figuras del teatro nacional, choferes de taxi con amas de casa, jugadores de fútbol con jubilados del montón. Gente por todos lados. Ríos de gente. Un mar de pueblo. Yo vi esas escenas. Todos las vimos. Fue un momento de gracia suprema de esos que no se olvidan. O, mejor dicho, que no deberían olvidarse.

La izquierda ganó con más de la mitad de los votos, lo que quiere decir que tiene la mayoría. Muchos piensan de manera casi automática en las mayorías parlamentarias, pero habría que alzar la mira y pensar en las más contundentes y relevantes mayorías ciudadanas: mayorías y respaldos en los gremios, en los sindicatos, en las aulas, en las organizaciones sociales y estudiantiles, en los movimientos barriales, en las calles de las ciudades, en los pueblos y hasta en muchas partes de ese desierto verde que es campo uruguayo. Mayorías en aquellos lugares en los que yace de verdad el poder. Porque una lección que la Historia ha enseñado una y otra vez, porfiada y a veces cruelmente, es que el verdadero poder está en el entramado social, en cada esquina, en cada cuadra, en los clubes de barrio, en las parroquias, en las reuniones de amigos, en las obras comunitarias. Ahí está el verdadero poder. Y ese verdadero poder fue el que aupó a la izquierda uruguaya y a Tabaré Vázquez al gobierno de la República.

Pero ahora, cuatro meses después de aquella otra inmensa fiesta popular del 1º. de marzo, el Uruguay parece haber retornado a su manso tranco de buey en el surco. Lo voy a decir con amargura: los uruguayos parecemos haber retornado a nuestro manso tranco de bueyes en el surco. Ahora resulta, a estar por los discursos que proliferan desde respetables ámbitos políticos, académicos, gremiales y sociales, que el gobierno es de otros. Que no nos pertenece. Que no tenemos nada que ver con eso. Ahora resulta que los sueños de justicia que nos desvelaron durante décadas se convierten apenas en reyertas salariales, en digresiones sobre política internacional, en pulseadas de taberna en torno a tal o cual proyecto de ley. Ahora resulta que muchos de los compañeros que militaron durante decenas de años para alcanzar la victoria, hablan de Tabaré Vázquez como si fuera solamente “el señor Presidente de la República”.

¿Es que acaso Tabaré Vázquez ya dejó de ser el compañero Tabaré? ¿Es que el Frente Amplio se ha convertido a velocidad candombe en “el gobierno”? ¿Es que los sueños vivían en nosotros justamente porque eran sueños y ahora no resisten la prueba de fuego de la realidad? ¿Seremos bueyes los uruguayos? ¿Bueyes uncidos al yugo de las pequeñeces cotidianas, del conformismo mediocre? ¿No sería glorioso volver a las raíces, pensar en los que

vendrán, amasar el futuro, sacrificarlo todo por la patria? ¿Es que las palabras ya han perdido su sentido? ¿La palabra patria ya no se usa? ¿Es de mal gusto hablar de la patria en estos tiempos? ¿Y la palabra compañero? ¿Queda feo pensar y decir que Tabaré Vázquez es un compañero? ¿Y la palabra solidaridad? ¿No es eso lo que reclaman los uruguayos que se mueren de hambre o de frío o de indiferencia? ¿Esas palabras, eran sólo palabras?

Asistimos a un gravísimo proceso de deterioro de la mística que hizo posible la victoria del 31 de octubre. No se trata de analizar las responsabilidades, aunque sí las causas de ese deterioro. Parece evidente que las dinámicas sociales no se han alterado demasiado con el cambio de gobierno. Los principales referentes en distintos ámbitos de la vida nacional han mantenido con una firmeza digna de mejor causa su discurso articulador, como si nada hubiera pasado. Esto podría llegar a entenderse en aquellos sectores que, tradicionalmente, han visto a la izquierda con recelo. No era demasiado realista suponer que la Asociación Rural iba a modificar sus puntos de vista sobre la realidad del agro para facilitarle las cosas a Tabaré Vázquez y al Pepe Mujica. Tampoco podía esperarse que Uruguay saltara de trinchera y se alineara junto a los intereses sociales, por encima de sus intereses empresariales. Pero resulta poco creíble que los sindicatos de este país, depositarios de una formidable tradición de lucha por ideales superiores (¿qué cosa ha sido sino el internacionalismo proletario, qué ha sido en la historia de la clase obrera el internacionalismo proletario sino justamente eso: un ideal superior de hermandad entre los pobres del mundo y los esclavos sin pan?) sostengan en general una postura displicente cuando no hostil y desconfiada hacia el nuevo gobierno. Resulta triste que el economicismo gane terreno en las plataformas de lucha, en las discusiones gremiales, en las proclamas. Y además de triste, esa actitud resulta suicida.

También subleva conocer las pequeñas intrigas palaciegas de algunos sectores políticos de la izquierda. Para los que tuvimos el desgraciado privilegio de vivir en las postrimerías del Chile de Salvador Allende, esas pujas intestinas huelen demasiado mal. Es lógico y saludable que la diversidad viva en la disputa, pero es criminal que la unidad muera en ella. Esas rebatiñas feroces tienen lugar ahora, hoy mismo, a esta hora, en distintos grupos

políticos muy respetables de la izquierda uruguaya. Las lecciones de la historia no parecen haber sido aprendidas.

¿Qué estamos esperando los uruguayos para despertar los sueños de la patria? Sé que la pregunta puede sonar a retórica pura, pero en definitiva cuando la indiferencia nos gana el alma, todo se observa con cierto cinismo y cualquier frase puede sonar retórica y vacía. “No venderé el rico patrimonio de los orientales al bajo precio de la necesidad” termina siendo, bajo esa óptica del desencanto, una expresión de vulgar regateo. Y la indiferencia y el cinismo parecen habernos ganado la cuereada. No en vano pasó la “década feliz” de los 90, con su cultura de shopping center y su fiebre consumista y su pensamiento único. Nos acostumbramos a balconear desde afuera, y ahora que nos toca jugar el partido más importante de nuestras vidas no nos decidimos siquiera a entrar a la cancha.

De todas formas tenemos todavía muchas cosas. Es posible que no todo esté perdido: tenemos un gobierno que, por primera vez en casi dos siglos de historia nacional, representa a los más infelices, a los hambreados de siempre, a los cañeros de Bella Unión, a los excluidos de los cantegriles (esa palabra ya “en desuso”), a los analfabetos, a los albañiles y mecánicos y textiles que rebuscan en la basura porque no hay trabajo. No debe darnos prurito decir con alegría que tenemos un gobierno que es nuestro gobierno. Tenemos un presidente que, a través de múltiples gestos y acciones, ha demostrado que no es solamente el señor Presidente de la República, sino que es el compañero Tabaré, el mismo que nos miró a la cara en aquella amarga noche de noviembre de 1999 para decirnos que habíamos perdido el balotaje; el mismo que en febrero del 2004 le propuso a Batlle un plan de emergencia social para paliar el hambre de decenas de miles de compatriotas, y le ofreció los votos en la plaza pública sin obtener respuesta; el mismo que el 1º de marzo creó el Ministerio de Desarrollo Social, anunció el Plan de Emergencia y restableció las relaciones diplomáticas con Cuba.

Tenemos un presidente y tenemos gobierno que ha ido en pleno al interior del país, al Uruguay profundo, al olvidado, para decir presente. ¿Podemos ser indiferentes ante la visita de Tabaré Vázquez al barrio Las Láminas, en Bella Unión? ¿O podemos ser

tan cínicos como para pensar que esa visita es apenas un acto de demagogia? ¿Podemos ser tan mal nacidos como para no reconocer en ese gesto, en ese simple gesto del presidente, un acto de política mayor, sólo imaginable en nuestras más radicales utopías? ¿Bella Unión ya no significa nada para ese mar de pueblo que cantó y bailó en las calles de todo el país el 31 de octubre de 2004?

Pero tenemos más: tenemos cientos de miles de uruguayos y uruguayas que ya han sufrido todo lo que puede sufrir un ser humano, y que sin embargo siguen con la esperanza intacta. Ellos esperan. Esperan de Tabaré Vázquez, sí, pero también esperan de nosotros, es decir de los privilegiados que podemos leer la prensa, discutir el atraso cambiario, mirar la televisión, vestirnos y comer todos los días.

Y tenemos a los niños uruguayos, la mitad de los cuales vive en la pobreza y nos reclama un compromiso. Esos niños, nuestros niños, le reclaman a Tabaré Vázquez, sí, pero también a los privilegiados como usted que lee esta diatriba o como yo que la he escrito. Y tenemos un puñadito de hermanos que siguen desaparecidos y que, mudos de toda mudez, nos miran cada día desde los retratos que portan sus parientes sin consuelo. Y tenemos además el sol y el mar y el campo verde, ese desierto nuestro, y tenemos los esqueletos de las fábricas, y tenemos miles de compatriotas que viven en otros países y que quieren volver. Nada más quieren volver. ¿Qué les decimos? ¿Qué les diremos a ellos y a sus familias partidas por la ausencia? ¿Que ahora nos toca a nosotros y que ellos deben esperar unos años?

Tenemos, en realidad, muchísimo. La mayoría de esos males son bienes, bendiciones para compartir y construir. Y eso es lo que son: bienes. Por lo tanto son, como corresponde a un bien, intangibles en su esencia. Podemos desconocerlos, repudiarlos, y así continuar uncidos al viejo yugo de la mirada corta, de la desconfianza y el cinismo. Pero podemos también, y vaya si podemos, apartarnos del surco, sacudirnos los aperos y descubrir un mundo que está en nosotros, en cada uno de nosotros. Con amargura puedo pensar que los uruguayos somos bueyes de mirada aplastada contra la tierra, o puedo (podemos) volver a creer en nosotros, en todos y en cada uno, en nuestras

capacidades de soñar, de pelear por nuestros sueños, de encabezar esa gran marcha que ahora, en este minúsculo espacio de tiempo que nos toca vivir, tenemos la dicha de emprender.

Nadie sabe qué nos depara el futuro, pero en nuestra grandeza como pueblo está la posibilidad de ser dignos de algo que merezca tener ese nombre. Que esta diatriba sea una injusticia. Que tenga que tragarme mis palabras. Que los sueños de la patria se despierten y sepulten para siempre esta amargura. Eso quiero.